

Otro gran acontecimiento fue la reedición del primer libro de nuestro más grande escritor: Salvador García Jiménez. Estas son las bellísimas palabras que pronunció en la Casa de la Cultura el día de la presentación de “Puntarrón” - Son un verdadero homenaje a su pueblo y a su primera comunión con la literatura.

## Restauración de la palabra

---

*Palabras de presentación de mi primera novela **Puntarrón**, reeditada por el Excmo. Ayuntamiento de Cehegín*

Salvador García Jiménez

Me pregunto aún hoy que cuáles serían las fronteras del Puntarrón, como un misterio sin desvelar. En Cehegín ha corrido en abundancia la tinta de los historiadores y los cartógrafos sin trazárnoslas claramente. Por ello se alude sin gran precisión al Casco Viejo y al Puntarrón, a veces como si fueran sinónimos falsificados. Al escribir mi novela tal vez tuviera la corazonada, la memoria o cultura genética, de situarlas en esa calle rampante que va o que fue desde el horno del Velales hasta la casa de la Lázara. Tras una investigación medieval para escribir la novela de don Juan Manuel en que me hallo inmerso, descubrí que las aljamas judías o los guetos árabes estaban siempre en el arrabal, en un reducido perímetro, en la zona que los cristianos rechazaban por su distancia y dificultad de salida y de acceso. Por ello, la zona de mi novela, esa calle que va a derrumbarse en el Argos, la del Pilar o de la Orden, fue el arrabal morisco o la aljama judía que dio origen al Puntarrón, no me cabe la menor duda.

El tiempo deshabita los escenarios. Yo tuve la fortuna de participar en la representación del tiempo de la niñez y de la juventud que me tocó vivir en aquel pequeño mapa de piedra desenrollado por las faldas de esta villa, al dorso de su mejor estampa.

Desde la calle de la Tercia, bajo las cúpulas del Santo Cristo, hay menos distancia a dicho corazón del Puntarrón de la que uno se imagina. Por la calle Mayor de Abajo se llega al jardín del Pato y, poco más adelante, dejando a la derecha el huerto de la Orden, desembocamos tras una oscura callejuela en la cima de la cuesta del Pilar donde moraban y moran hoy reeditados los personajes de esta novela. Era la ruta, el atajo de Cehegín para cruzar el puente Santo, camino de la huerta, o bañarse en las gélidas aguas de la balsa de “Santanares”.

Aquel arrecife o verdadero imafrente natural y salvaje de la Iglesia Parroquial de la Magdalena fue y es para mí como Macondo para Gabriel García Márquez o Comala para Juan Rulfo. Tuve la fortuna de no abarcar en exceso el paisaje de esta mi primera novela, de haber convertido con esta muestra del arrabal al Puntarrón de Cehegín en el más famoso de toda la lista que ahora nos aparece en Internet.

Para que os podáis imaginar todas las gamas de nostalgia por las que he pasado al enfrentarme con la reedición de esta novela, os pondré el ejemplo de alguien que se encuentra en su casa con un manojo de cartas escritas hace ya casi cuarenta años. Y más aún si siente la tentación de corregirlas. Al principio me aterroricé, mis palabras eran como una jaula de golondrinas a las que tendría que enseñar a cantar como un colorín. Me veía incapaz para mecer aquella cuna de escritor. No quería violar el inocente misterio de mis primeros verbos escribiendo “Novela revisada y corregida”. Tenía que buscar otra excusa más creativa y menos universitaria para que mi novela estuviese a la altura de Cehegín. Y seguí el gran ejemplo de sus plazas y calles restauradas con mis palabras. Aquí faltaba una colaña, en el dormitorio un colchón de perfolla, en el cielo rasante de Cehegín las Pléyades o Cabrillas... En este pueblo mío, rebosante de hermosuras y de maravillas, no me podía pasear con esta novela corta bajo el brazo sin haber apuntalado sus balcones y pintado con cal sus chimeneas.

Nunca sabré por qué se ha reeditado *Puntarrón* y no otra novela mía de mayor calado. Algo habrá de Providencia o de azar. Cuando Jesús de la Ossa y Juan Antonio Gómez Valero me lo propusieron, dije que sí con demasiada ligereza. Y al

enfrentarme con las galeradas me paralicé ante el naufragio de mi infancia en el Río Argos. Tendría que luchar a brazo partido para rehabilitar todo aquel paraíso de bellísima soledad. Y con el alma puesta en Cehegín, para quedar a la altura del cariño y la generosidad que me ha regalado, comencé tarde tras tarde a hablar con mis palabras, con el rumor del Argos, con los ecos del arrabal vacío y atormentado. Hay alegrías y sensaciones que no se cambian por la más alta distinción. ¿Qué es la fama? “Muere el hombre y muere su nombre”, dice el autor de *El Conde Lucanor* que tanto la persiguió a pluma y a espada. La fama es simplemente que te saluden y te reconozcan los vecinos de tu calle y de tu pueblo. No creo que sienta algo distinto a mí esta noche un escritor que haya forjado su novela sobre la Quinta Avenida de Nueva York. Todo es una cabeza de alfiler como la cuesta de la Orden donde transcurre mi narración, capaz de brillar con la emoción como la más potente estrella. Jamás pensé que *Puntarrón*, mi primera comunión con la Literatura, volviera a reeditarse con sus tapas de nácar; que, gracias a nuestro Ayuntamiento, pudiera resucitarse mi escenario escrito con el entrañable y tierno recuerdo de la Lázara.

Mientras otros hacían tertulias en el “Café Gijón” de Madrid, yo me reunía en el “Sotaniello” de Juan Pepe, casi al final de la cuesta del Parador, con Jesús el Herrador, y en la Biblioteca Municipal de la calle Mayor con Ramón Moreno, el Béjar Malo, Jesús el Herrador también y Andrés el Cabras. Aunque mi primera tertulia en Cehegín, en la pubertad, fue la que formábamos en la trastienda de la Farmacia de don Dimas, con los tejados del casco viejo y la vega al fondo. Jamás olvidaré que el único lector de esta novela inédita fue Adelardo Escudero, cuyas palabras de ánimo fueron el mejor espaldarazo. En las tabernas, Lorenzo Fernández Carranza nos recitaba con voz cavernosa a Rubén Darío, y Fernando Gil Tudela escribía un sentido y bien rimado soneto en menos que canta un gallo. Entonces deseaba como ninguna otra cosa del mundo alumbrar una novela. ¡Casi cien folios por los menos! ¡Una verdadera locura con dieciocho años, el bachiller elemental y mi flamante carrera de Maestro!

Jamás olvidaré la mañana en que me llegó el telegrama azul desde Salamanca, comunicándome que me habían concedido el Premio Nacional Universitario de Novela por mi primera obra inédita *Puntarrón*. Aún conservo en una carpeta aquel telegrama azul, escrito a mano, que descorché estando de Maestro en el Grupo Escolar “Pérez Villanueva”, enseñando a leer a mis alumnos en el aula más lúgubre del centro. ¡Qué infeliz, creyendo que aquel bautismo me iba a consagrar! Aún sigo golpeando el pulpo de las palabras contra la losa como si tuviera dieciocho años, con el ansia de llegar a conquistar un día la dignidad de la escritura.

La primera entrevista que apareció en el diario *La Verdad* sobre este premio la envió por el teléfono del casino Rosendo Beringüí, que por entonces era corresponsal de prensa. En ella también figuraba aquella foto de veintiún años que me hice en Lorca mientras cumplía mi torturante Servicio Militar. Fui mucho tiempo con mi novela bajo el brazo sin encontrar ningún otro lector que tuviese la paciencia de Adelardo Escudero hasta ver conseguido mi sueño de que fuera publicada. El destino de la mayoría de los escritores es el de Sísifo, porque cuando crees que estas cerca de coronar la cima con tu pesada ilusión, ésta se te viene abajo. Por ello, para que mis propias palabras me respeten, me he crecido en el castigo.

*Puntarrón* es un balbuceo, una miniatura, un juego (lo más serio de la infancia es el juego), de la lucha de la clase obrera: los muchachos marginados del Puntarrón luchan contra los “señoritos” de Cehegín. En *Puntarrón* me dolía la tortura que estaban entonces padeciendo los habitantes de este pueblo con la emigración a Mataró y a Barcelona. *Puntarrón* fue la premonición también del olvido y de la piqueta. Siempre recordaré cómo nos introducíamos de zagales en las ruinas de nuestro castillo, buscando con cierto temor huellas y fantasmas medievales. Los escombros del castillo, por pícaros motivos de cuento, sirvieron después de relleno al camino Verde, por donde íbamos a estudiar al Instituto de los Padres Franciscanos o a capuzarnos en la Piscina Municipal... La frescura de la inocencia, un “no se qué que queda balbuciendo” de estas páginas, no tienen precio para mí ahora. El tiempo ha hecho

justicia o un milagro con ellas, sin que yo moviese un dedo para revivirlas. Ahora celebraré, con ese vino “Puntarrón” que me plagió el nombre, el homenaje que esta noche y los trescientos días siguientes, hasta que se agoten los mil ejemplares de edición, voy a dedicarles con mis palabras a los niños del Puntarrón que tuvieron que emigrar con los colmillos de la miseria a las espaldas, como Marcos y Salvador los “Peretes” que eran mis vecinos y amigos fraternales; levantaré este humilde monumento de tinta a las vaeras del Río Argos donde cazábamos ranas en el verano y nos bañábamos nadando con las velas hinchadas de nuestros calzoncillos de lienzo, y rescataré del abandono aquellas palabras de la infancia que el Padre Javier me cazó para su Diccionario del Noroeste. Por haber nacido en Cehegín, en la frontera del Puntarrón, tuve la suerte y la gracia de convertirme en aprendiz de escritor, de rizar el rizo imaginándome como esta noche que sólo en Cehegín merecería el mármol una escultura labrada con la misma materia de su jaspe rojo.

Vaya para mi pueblo y los representantes de su Excelentísimo Ayuntamiento mi más profunda y emocionada gratitud por haberme vuelto a publicar este Evangelio de los pobres, sobre el que aún sigo jurando para dar fe de todas sus palabras.

Cehegín, 15 de marzo, 2002

---